

# La huella que Margalef marcó en Argentina

L. Malacalza

Universidad Nacional de Luján. Depto. Cs. Básicas. Ecología. CC.221 (6700). Luján, Buenos Aires. Argentina.

Soy Leonardo Malacalza, argentino, botánico egresado de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata. Conocí al Dr. Margalef en el año 1968, cuando concurrí a un curso de postgrado que dictó en el Instituto de Limnología, en la provincia de Santa Fe. Volvió en 1969 y le solicité permiso para acompañarlo a los institutos y universidades por donde fuese invitado. Me aceptó, y con gran provecho para mí, tras los desayunos o almuerzos me hablaba de algunas cuestiones teóricas de ecología, y mucho del fitoplancton. Tres años después, en 1972, obtuve una beca de un año que me permitió ir a Barcelona para trabajar dirigido por el Dr. Margalef quien me sugirió hacerlo sobre las comunidades de algas de dos arroyos de montaña: una, la riera Blanca, en un valle cárstico (en el año 1998 comprobé que esta riera ya no existía... cosas del 'progreso': carreteras y desvío de cursos, etc.) y otra, la riera Picamena, sobre un sustrato silíceo. Las dos a poca distancia de la casa de campo que Margalef tenía cercana a Granollers. Realicé un trabajo de campo y laboratorio intenso. Los arroyos eran ambientes poco estudiados y decía Margalef que ofrecían un gran campo de aprendizaje. Lo recuerdo frotándose las manos cuando surgía algo nuevo o no esperado. Todo lo desconocido que podía encontrarse era un desafío para el pensamiento y la acción. Lo recuerdo tomando por el atajo cuando el tiempo y los recursos escaseaban, y también cuando correr el riesgo valía la probable pena. Lo recuerdo con la sonrisa que estimulaba y, para todos, marcaba el clima tanto en el laboratorio como en el campo. Debí regresar a Argentina al cumplirse el año y a los pocos meses fui nombrado Profesor en la Universidad Nacional de Luján, de reciente creación, y me tocó dar la primera clase, de ecología, en un curso común a todas las carreras de la universidad. Esa universidad comenzó su actividad académica con la enseñanza de la ecología.

Durante todos esos años mantuve una fluida correspondencia con mi Maestro: en una de esas cartas, de 1975, le decía que me sentía muy mal por la situación política y social de mi país: persecución y muertos por causas políticas todos los días, también en las universidades, y se veían venir tiempos peores. Margalef me contestó que a él también le habían tocado años muy malos durante la Guerra Civil Española, y que en esas circunstancias parecía que sólo era oportuno '*cultiver notre jardin*'. Inmediatamente le escribí diciéndole que quería que me hablase del tamaño y la diversidad del jardín que tendría que cultivar. La respuesta llegó pronto. En esa carta me hablaba de la marcha de sus proyectos y los de sus alumnos, algunos excelentes, para los cuales era difícil encontrar lugar donde colocarlos. Y continuaba:

*¿Ciertamente, todo esto se inserta en una situación políticamente inestable, confusa e irregular; pero las cosas quedan aumentadas en sentido negativo por esta histeria peculiar de la época actual? a la que en parte pertenecen algunos aspectos de la truculencia ecológica- que, por lo visto, hay que aceptar como una constante de nuestro ambiente. Lo cierto es que la vida tiene las potencialidades del primer día, y el hombre hoy tiene más potencialidad que nunca. Lo malo es que es tan poderoso que sus canales de comunicación admiten una cantidad enorme de confusión y mentira. Y si me pregunta lo de la diversidad y tamaño del jardín que tenemos que cultivar, yo diría que todo el mundo, pero distribuyendo el esfuerzo como buenos territorialistas, en función decreciente de manera aproximadamente exponencial negativa con la distancia. Y la diversidad hay que aceptarla en bloque, sin llegar jamás a decir, nosotros y los otros. Todos andamos metidos en el fregado y todos somos responsables de él.?*

En el año 1980 la Universidad Nacional de Luján fue clausurada y disuelta por la dictadura que gobernaba en Argentina. En 1984, ya en democracia, la reabrimos y comencé a recomponer un grupo de investigación y docencia en ecología. Yo nunca olvidé aquel diálogo epistolar, y cuando en el año 1994 presenté al Dr. Margalef ante quienes esperaban escuchar la conferencia que daría tras recibir el título de Dr. Honoris Causa de la Universidad Nacional de Luján, leí esas cartas que el doctor, transcurridos 20 años, ya no recordaba, aunque dijo que las volvería a suscribir. Después comenzó el SERMÓN, como él llamó a su alocución. El tema que abordó fue el de la evolución biológica, centrando su análisis en la evolución cultural del hombre, especie en la que la voz y el uso de las manos posibilitaron su rápida evolución.

Días antes, en la ciudad de Tucumán donde participaba de un congreso de Limnología, había estado con él y con su esposa doña María Mir. Allí le pedí que aceptase visitarnos en Luján, aunque sólo fuese unas horas, para recibir nuestro homenaje y gratitud por el camino que con su huella pudimos abrir en nuestra tierra, el gran jardín que ya con libertad estábamos diariamente ayudando a crecer. Recuerdo el gran placer intelectual que fue para mí escuchar a don Ramón y doña María dialogando en busca del tema adecuado para disertar en Luján: él proponía y ella completaba o descartaba. Era un diálogo animado, profundo y alegre.

La huella de Margalef ha influido mucho en el rumbo que siguió la investigación ecológica en Argentina. Y se puede decir que sus libros están en la bibliografía de los programas de estudios de todas las carreras biológicas. Ya son muchos los argentinos, investigadores en formación o formados, los que han viajado a España para trabajar y estudiar al lado de alguno de los discípulos de Margalef, y que al regresar ensanchan, afirman y enriquecen el camino cuyo rumbo dio el Maestro. Pero él nos preguntaba qué íbamos a estudiar en España con todo lo que teníamos para hacer en Latinoamérica, donde teníamos tantos y tan diversos ambientes naturales aún no degradados....íbamos a aprender cómo estudiarlos mejor. También han venido a estas tierras del sur varios de sus discípulos españoles que hemos invitado a dictar cursos de postgrado; muy buenos ecólogos con los que mantenemos una gran amistad y un rico intercambio académico. Con el debido respeto y la humildad que corresponde, podría decir que en Argentina ya hay biznietos académicos del Dr. Ramón Margalef.

Hoy don Ramón y doña María ya están muertos. Pero Margalef también ya está entre los grandes de la historia del pensamiento científico.